

vino rayo de dignidad y de caridad. Luego que hubo recibido de tal suerte el último religioso esta prenda de fraternidad y de respeto, atravesó todo el espacio del coro, y fué á llevarla al antecoro á uno de los hermanos conversos, los cuales se la transmitieron de la misma manera sucesivamente hasta el último familiar, y subieron acompasadamente al coro, siguiendo á los religiosos, á tomar parte en la comunión, dar vuelta por el altar y volver insensiblemente á su sitio. Esta efusión de la caridad divina, que partía del mismo corazón de Jesucristo y que descendía de su sacerdote hácia sus hermanos, no se detuvo en el más humilde de estos; porque todos, al salir de los santos oficios, esparciéndose por los talleres ó los campos, fueron á llevar en cierto modo *la Paz* de Dios á todos los seres de la naturaleza, embalsamando con ella la creación.

¿Y no es esto lo que cantaba el Real Profeta en aquel bello cántico de la caridad? «¡Cuán bueno y delicioso es habitar los hermanos en unión! Es como el perfume derramado sobre la cabeza que baja por la barba muy crecida de Aarón, que desciende hasta la orla de su vestidura, como el rocío del monte Hermon, que baja al monte de Sion. Porque allí envió el Señor bendición sobre nosotros y vida perpétua (1).»

Así desciende del Cristo-Jesús, verdadero pontífice Aarón, verdadera cabeza de la Iglesia y de la creación, verdadero *Ungido* del Señor, sobre quien la misma Divinidad derrama la unción de vida, todo ese honor de sociedad y comunión fraternal que tributamos á la Virgen y á los Santos, que rendimos unos á otros, hasta á los más inferiores de la Iglesia, hasta los extremos de la creación, que es como el vestido sacerdotal, bajo el cual rinde el Dios Pontífice adoración á su Padre, y recibe la de las criaturas.

Tal es, pues, el honor; tal es el culto que tributamos á la Santísima Virgen en lo que tiene de comun con el honor que rendimos á los Angeles y á los Santos en el cielo, á los hijos de Dios en la tierra, y universalmente á todas las criaturas. No hay otro para ella que el que rendimos á la más humilde de estas; en el sentido de que es un honor exento de todo prin-

(1) Salmo CXXXII, 1.

cipio de adoración, y también en el sentido de que es un honor esencialmente *relativo*, y que no es religioso, sino porque es relativo, relativo á Jesucristo, á Dios, á quien solo adoramos por El mismo, y por quien honramos todo cuanto honramos. De donde se sigue, que para inscribirse contra el culto de la Santísima Virgen, es necesario declararse contra todo honor que se tributa á la criatura natural, con relación al Criador, contra todo honor tributado á la criatura regenerada, con relación á su Salvador, contra todo honor rendido á la criatura glorificada, con relación á su Remunerador; y es asimismo necesario privar á Dios de todo este honor que le corresponde por haber creado, regenerado y glorificado sus obras, y para lo cual solamente las hizo; en una palabra, es necesario hacer callar el *Magnificat* universal de la creación, desde el insecto que lo susurra bajo la yerba, hasta la Virgen Augusta que lo canta sublimada sobre los Serafines.

§. III.

Del culto que se debe á la Santísima Virgen en lo que la distingue de los demás Santos y de todas las criaturas.

I. Este honor comun que se tributa á la criatura con relación al Criador, debe ser en razón de la escelencia con que El la dotó, escelencia que ella misma es en razón de su relación con El.

De aquí que haya diversos grados en el honor comun que tributamos á las criaturas, medidos por la grandeza que aquellos sacan de su relación con Dios.

Así, son más dignas de honor las criaturas elevadas al orden de la gracia, que las que han quedado en el orden de la naturaleza, y más dignas de honor las que se han elevado al orden de la gloria, que las que están aun en el orden de la gracia; porque es más inmediata y más viva la relación que las une á la Esclencia Suprema.

Y en cada uno de estos órdenes principales de naturaleza, de gracia y de gloria, hay diversidad de grados, sobre los que debe graduarse también el honor comun, según el mis-

mo principio. Así, el hombre hecho á imagen de Dios, ha sido coronado de honor y de gloria entre todas las obras de la naturaleza; el cristiano elevado á la dignidad de hijo de Dios, se halla mas consagrado entre los hombres por razon de las gracias que ha recibido y de su fidelidad en hacerlas producir frutos de santidad y de virtud. Los Santos y los Angeles, trasladados ó creados en la gloria de Dios, ocupan tronos de beatitud y de esplendor, cuya gerarquía vá elevándose en razon de su proximidad al Rey de gloria Jesucristo, por la predestinacion, la santidad y el ministerio que les unen á este divino Gefe.

De estas premisas deduzco, que si hay un sér á quien haya Dios elevado sobre todos los demás, por relacion de naturaleza, de gracia y de gloria con El, de manera que agote en cierto modo todo cuanto puede hacer con una simple criatura, este sér maravilloso deberá ser el objeto de un culto que agote todo honor finito y relativo.

Tal es la Santísima Virgen.

Aquí se agrupan todas las razones, todas las consideraciones, todas las miras que hemos desarrollado en los dos primeros tratados de esta obra, y que no son mas que algunos pálidos rayos de la gloria que hemos querido celebrar. Reconcéntrémoslos en un rápido resumen.

II. Todas ellas se resúmen en esta frase que hizo oír Dios mismo por boca de Aquella á quien la aplicó: *Fecit mihi Magna qui Potens est.*

Magna... Potens... Dios nos ha hecho cosas tan grandes como es grande su nombre, *Magna*, y su medida es la Omnipotencia, *qui Potens est*; y empleando en ellas el Omnipotente toda la fuerza de su brazo, *fecit Potentiam in Brachio suo.*

¡Qué incomparable idea no nos dan de la grandeza de María estas admirables palabras!

Y no obstante, ¿qué son ellas, qué serian todas las calificaciones, todas las espresiones de la lengua mas hiperbólica y mas entusiasta, sino tartamudeos y balbucencias, comparadas con la simple realidad?

Supongamos en efecto que no supiérais cuál es este honor

que Dios hizo á María. Yo os lo dejo concebir. Fundad en este *Magna*, en este *Potens* todas las conjeturas y las hipótesis de la imaginacion mas fecunda y mas atrevida. Acumulad grandeza sobre grandeza y privilegio sobre privilegio. Partiendo de las creaciones mas ricas de la naturaleza, recorred, atravesad todos los grados de la gracia y de la gloria, los Santos; los Confesores, los Mártires, los Apóstoles, los Profetas, los Patriarcas; remontaos sobre todos los Angeles, todos los Querubines, todos los Serafines, todos los tronos, todas las virtudes, todas las potestades. Componed con todas estas grandezas creadas, de todas estas escelencias y de todas estas dignidades una sola grandeza y una sola dignidad. ¿A qué distancia os hallaríais aun de la grandeza y de la dignidad de María? A una distancia inesplicable.

Pero, en fin, me direis, ¿de qué se trata? ¿Es ó no es María una criatura?

Sí, María es una criatura, y además la mas humilde de las criaturas; pero una criatura que por esto mismo es, entendedlo bien, MADRE DEL CRIADOR... DE DIOS. He aquí la dignidad. Medidla si podeis.

Queriendo espresar San Pablo la grandeza de Jesucristo, dice de El, que *se halla tan elevado sobre los Angeles, que el nombre que recibió es mas escelente que el de estos.* Porque, añade, *¿cuál es el Angel á quien haya dicho Dios, eres hijo mio? ¿Y cuál es el Angel á quien Dios haya dicho, eres mi Madre? Madre, tan elevada sobre todos los Angeles, que este nombre es mas escelente que el suyo. ¿Y cómo, en efecto, no debe ver todos los coros de los Angeles inclinarse ante ella en la gloria, la que en su mortalidad, y antes de su maternidad misma, recibió sus homenajes por medio del Arcángel que Dios la envió?*

Y no se diga aquí por quien sea cristiano que en esto hay exageracion, porque María es Madre de Dios tan verdaderamente como su Hijo es Dios.

La verdad, y este es el carácter distintivo que salva la grandeza de María de todo peligro de idolatría, es que ella es Madre de Dios por *gracia*, y no por naturaleza; por la gracia de haber descendido el Hijo de Dios á su seno; pero gracia

cuya propiedad es unir proporcionalmente su sugeto á su Autor, anonadamiento cuyo efecto es elevar proporcionalmente á Dios todo aquello á que El se baja.

Así, la humanidad que María suministró al Verbo, contrajo con El una suprema union, que llega hasta hacer adorable esta humanidad. Y el mismo anonadamiento que ha hecho á Dios hombre, hace al hombre Dios en Jesucristo.

No hay duda que ninguna union es comparable á esta primera union; porque es *personal*, y como es la persona entera la que recibe el honor, la adoracion que se debe al Hijo de Dios comprende la naturaleza humana que El se *personificó*. Nada hay semejante á esto en la Santa Virgen, porque no se halla personificada en Jesucristo.

Pero, si por este motivo no es adorable, es honorable por causa de la union que le hizo contraer con su Hijo la gracia de su maternidad, y en proporcion rigurosa de esta union.

Esta union es la segunda, como que viene inmediatamente despues de la de la humanidad á la Divinidad en Jesucristo; pero es la primera entre todas las que vienen despues, que vuelven á unir los miembros vivos de Jesucristo á esta divina Cabeza, y constituyen el cuerpo universal de la Iglesia. ¡Y cuán superior les es! ¡Cuán es sublime é incomparable! Porque, en fin, nótese bien, y esto es rigurosamente lógico; la maternidad hace de la madre y de su fruto una sola carne, la cual es tanto, así parece, la carne de la madre como la carne del Hijo; no absolutamente, sin duda, porque la persona del hijo se apropia en la carne de la madre una carne que él hace suya y que aquella suministra y mantiene; pero ¡qué comunidad de vida la que llega hasta tener una misma sangre, una misma pulsacion, un mismo aliento! Así es que se ha podido decir, que la maternidad de María no estaba menos unida á la humanidad de su digno Hijo que lo estaba esta á la Divinidad, y que Santo Tomás, siempre tan mesurado, ha dicho que María, por la operacion de su maternidad, confina en cierto modo con la Divinidad. *Sua operatione fines Divinitatis propinquius attingit* (1).

(1) Div. Thom. I, part. 9, 25, a b.

¿Diráse que esto es atribuir á un estado fisico efectos espirituales y morales, que no lleva consigo; que nos hallamos unidos á Dios por el alma, por el espíritu, por la santidad, y que todo esto nada tiene que ver con una conexion puramente carnal?

Pido perdon á los cristianos, á quienes puedo atribuir semejante objecion, tanta irreflexion é ignorancia supone. La sola palabra *Encarnacion* la hace desaparecer. ¿Por qué se hizo Dios carne, sino es porque *por esa carne* debia hacernos espíritu? La carne, la humanidad del Verbo, es pues el lazo que nos une á su Divinidad, y María se hallaba por consiguiente unida á la Divinidad en la proporcion en que estaba unida á la humanidad de su Divino Hijo.

Y además, ¿se olvidará que esta misma humanidad fué formada por el *Espíritu Santo* en María, que la maternidad de María era santa, virginal, divina, que era efecto de la virtud del Altísimo y de la cooperacion de la misma María, de la fé, de la caridad, de la humildad, de la santidad, en una palabra, cuya plenitud le habia ya valido los homenajes del mismo cielo?

Débase sin duda á lo natural que María sea Madre de Jesus, y el Hijo de Dios Hijo de María, pero natural que fué efecto en ella, de una operacion sobrenatural, para ser su principio en el mundo, comenzando por ella, que recibió la primera, por anticipacion y de un modo incomparable, la gracia en su integridad.

En una palabra, María es *Hija de Dios* á proporcion que es su Madre, y fué colmada de gracia en toda la plenitud necesaria para concebir á su Autor. Fué revestida de El como ella le revistió, y así es como se nos ha mostrado en la vision de Patmós: *Amicta sole*, vestida con el sol.

Así, en esta dignidad única de Madre de Dios se halla comprendida, y debemos honrar en igual grado la de Hija de Dios.

La de *Esposa* de Dios proviene tambien de ella necesariamente y por doble título; en primer lugar, porque la virtud del Altísimo que la hizo Madre del Verbo, es la misma que engendró este Verbo en las profundidades de la celestial Pa-

ternidad, y que por María se le dió por Hijo en el tiempo, como lo tenia por Hijo en la eternidad; en segundo lugar, porque con Jesucristo, como *primer nacido*, se dió el Padre por María á todos los hombres rescatados para hijos.

En su divina maternidad se ofrece tambien María á nuestros homenajes como el *Santuario del Espíritu Santo*, puesto que operó Dios en ella como en el viviente taller, si es licito espresarse así, de sus operaciones, la obra de sus obras, con relacion á la cual sacó aquellas de la nada y nos predestinó á su gloria; lo que hace de María cooperando á esta grande obra, la Madre de los escogidos y la causa segunda de la creacion.

Finalmente, á estos grandes títulos de María á nuestro culto, debe unirse los de *Reina*, Reina de los Angeles y de los Santos, especialmente de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles, de los Mártires, de las Vírgenes, de los Confesores, de los Doctores, de cada orden de santidad que floreció y que florecerá por siempre en la Iglesia; Reina y Madre de la Iglesia, Reina y Señora de los Reinos, de todas las criaturas y del universo. Títulos que son tan sólidos como gloriosos, segun bastan para demostrarlo estos sencillos racionios que desarrollamos en otra parte.

María es Reina, de una manera general, porque es la Madre del Rey, la Hija del Rey, la Esposa del Rey, el Trono y el Pabellon del Rey. Y es tanto mas Reina por todos estos títulos, cuanto que el Hijo de Dios ha querido deber esta monarquía al *Fiat* de su fé y de su humildad, y que ella participó con El de todos los trabajos, todos los combates, todos los padecimientos, por medio de los cuales la conquistó.

De una manera particular es María Reina de los Angeles y de los Santos, porque todas las gracias, todas las glorias en que han sido criados los Angeles y edificados los Santos, han tenido su plenitud en María como en su Océano; puesto que ellas han existido, no solamente en su Autor Jesus, sino en la produccion de su Autor.

De una manera especial es María Reina de cada gerarquía angélica y de cada orden de santidad, porque en esta plenitud de gracia de que fué colmada, recibió María todas las

gracias especiales que la constituyen la primera en cada uno de estos órdenes y gerarquias, y que por ella han pasado estas gracias y pasan todas en sus fulguraciones y aplicaciones.

María es Reina y Madre de la Iglesia, ella ha sido la primera la Iglesia al pié de la Cruz y en todo el curso de la vida de su Divino Hijo; porque ha guardado y repasado en su corazón la primera todos los misterios, y ha sido la primera el ministro de todas sus gracias espirituales y temporales; y ha concebido la primera los cristianos y la misma Iglesia, que no hace mas que realizar en el curso de los siglos la obra de su maternidad, y que la corona con las estrellas del Apostolado.

Finalmente, María es Reina y Señora de todos los Reinos, de todas las criaturas y del universo, bien sea porque es la Madre de su Criador, de El que rige de lo alto de los cielos la rienda de todos los imperios, del Rey por quien viven todas las cosas, bien sea porque no habiendo sido hecho todo el orden de la naturaleza, ni habiéndose movido sino por orden de la gracia y de la gloria, es una dependencia de su soberanía, y se inclina á sus piés, como la creciente de la luna.

Así, pues, Madre, Hija, Esposa del Altísimo, Santuario de sus operaciones, Reina de los Angeles y de los Santos, Reina y Madre de la Iglesia, Reina y Señora del cielo y de la tierra. ¡Qué grandeza! ¡Qué glorias! ¡Qué honores no se le deben, y quién puede calcular su estension, puesto que debe ser la de estas mismas glorias y de estas grandezas!...

Al contemplar esto, no podemos menos de experimentar un estremecimiento de entusiasmo. La misma María, en el abismo de su humildad, lo espermentó, *exultavit*, y lo comunicó al mundo, que de generacion en generacion la proclama Bienaventurada y la glorifica en el Señor.

No se entienda que en esta justa exaltacion rebajamos nada de lo que hemos dicho anteriormente, á saber: que los honores que se deben á María no deben ser de otro orden que los que rendimos á los Angeles y á los Santos, y aun á los fieles que viven en el mundo, lo que debe reconocerse, á no que se nieguen dos cosas, cuya evidencia ha sido demostrada, la una que se debe un honor á la criatura con relacion al Criador,

y que se debe un honor á los Santos con relacion á Jesucristo; la otra, que este honor debe medirse por su principio, que es la excelencia que reporta la criatura de su relacion con Dios.

La relacion de María con Dios se halla en primer lugar respecto de todas las relaciones religiosas de las demás criaturas: su culto debe ser pues igualmente el primero respecto de todo culto secundario é inferior al de Dios.

Debe decirse tambien, que esta relacion de *Madre de Dios* y todo lo que comprende es de tal suerte especial y fuera de línea, es no solamente tan superior, sino de tal manera particular, que el culto que se le debe, debe ser un culto *único* como su dignidad.

En esta distancia infinita que queda aun, que quedará siempre entre la criatura mas elevada y el Criador, ocupa María un lugar tan sublime, que mas bien que la primera, puede decirse que es la única. «Mas distante, dice Gerson, en dignidad y en gloria del Serafin que este lo está del Querubin y de toda la milicia celestial, ella constituye por sí sola una gerarquía, que es inmediatamente la segunda despues de la Trinidad del Supremo Dios.» *Virgo sola constituat hierarchiam secundam Sub Deo trino et uno hierarchia summa: Plus enim distat Virgo a Seraphim in dignitate et gloria quam Seraphim a Cherubim (1).*

Esto es lo que debe reconocerse como la consecuencia lógica de la eminente, de la incomparable é incalculable dignidad de Madre de Dios.

III. Pero ¿en qué puede ser comun semejante dignidad con la de los otros Santos, en sublimidad tan prodigiosa?

En dos caractéres, que importa bien observar: el primero consiste en que es como la suya una dignidad inferior y relativa con respecto á la suprema grandeza de Dios; el segundo consiste en que no es en María, como en los Santos, mas que el privilegio de la santidad.

El primero de estos caractéres se manifiesta en todo el

(1) *Trat. 4, super Magnificat.*

culto de María. Lejos de anublarse con los honores escepcionales que le tributamos, resalta de él mayormente. Lo que hemos dicho de una manera general hablando del culto de los Santos, se vé en el grado mas alto, en el de la Santísima Virgen. Su elevacion, así como la de estos, se funda en la *gracia* de Dios y en la *fidelidad* de la criatura, dos fundamentos que proclaman la munificencia y la grandeza de Dios en sus Santos, el uno por lo que reciben de El, y el otro por lo que ellos le procuran. Y siendo estos dos elementos de dependencia á proporcion de su elevacion, resplandecen en el grado mas alto en María. Y en efecto, por una parte María está *llena de gracia*, no es grande sino porque el Omnipotente *la ha hecho* grandes cosas, y cuanto mas la elevan estas grandes cosas, mas deudora la muestran al Omnipotente. Lo que haria que dijera muy bien San Francisco de Sales, que «la Virgen es mas *criatura* de Dios y de su Hijo que el resto del mundo, por cuanto ha creado Dios en ella mas perfecciones que en todo el resto de las criaturas; y que ha sido mas redimida que los demás hombres, porque ha sido redimida, no solamente del pecado, sino hasta de la inclinacion al pecado.» Así, la elevacion de María glorifica á Dios mas que todas las criaturas, puesto que ninguna criatura ha recibido tanto como ella. Por otra parte, ninguna criatura lleva ó refiere mas á Dios lo que ella recibió de El; ninguna es mas humilde, ninguna glorifica mas al Señor. Todas las glorias de María, nótese bien esto, merecen tanto mas nuestros homenajes, y estos homenajes son tanto mas piadosos, cuanto que estas glorias consisten y se resúmen en el ministerio especial de *servidora* de la gloria de Dios. María no es tan vivamente glorificada, sino porque ella glorifica superiormente á Dios. Ella es el mas maravilloso instrumento de *doxologia* que se pueda concebir; esta es su predestinacion y su funcion. María es el *Magnificat*.

¿Y cómo corresponde todo en María á este ministerio, tal como nos ha trazado el Evangelio su fisonomía, y tal como la personificamos en los altares! ¿Cómo supera ella á todos los Santos por esa *comun* propiedad de remitir á Dios la gloria! Y en efecto, todos los demás Santos se han distinguido mas ó menos por acciones manifiestas y brillantes de santidad, por